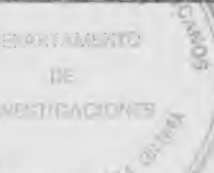


9/4/78

Carz



Sesquicentenario de una Obra Maestra

La Pintura de los Pensamientos

Angel Rama

Había fracasado y por segunda vez en ese empeño del intelectual comprometido por hacer realidad sus sueños, modificando de acuerdo a ellos a la propia sociedad. Lo habían derrocado: los elementos reaccionarios que hipocritamente decían así a sus proyectos para luego entorpecerlos y desfigurarlos: el estado de postración y los escasos recursos de una república recién nacida, el simplismo de los jefes que procuraban soluciones rápidas según los modelos recibidos, por viejos e inadaptables que fueran a las nuevas situaciones: los brutos incidentes que "siempre se entrometen y se atreven" a partir de su convicción de que saben "sin haber aprendido". Solo, pobre, "sin tener en qué compararse ni qué comer", recalcó en ese pueblo fantasma en que se había convertido Oruro abandonado por los mineros, deambulando entre sus tapas y sostenido por la caridad de los amigos, antes de pasar a Arequipa. Simón Rodríguez tenía entonces 37 años. Y fue entonces que concibió el proyecto de registrar por escrito sus ideas visto que le estaba vedado llevarlas a la práctica en las nuevas repúblicas desordenadas del viejo imperio español. Decidió escribir a modo de una demanda contra el género que se le imponía, por la defensa de su originalidad, estableciendo públicamente el "copyright" de ideas que venía difundiendo desde 1823, "temiendo que otro se apareciera primero, en público, con ellas". Por lo tanto creó una personal y confianza utópica en el futuro de América.

De ahí nació ese texto sin igual en la literatura de la época, cuyo sesquicentenario conmemoramos en los primeros meses de 1923. Simón Rodríguez publica en Arequipa un folleto de 25 páginas titulado "Sociedades americanas

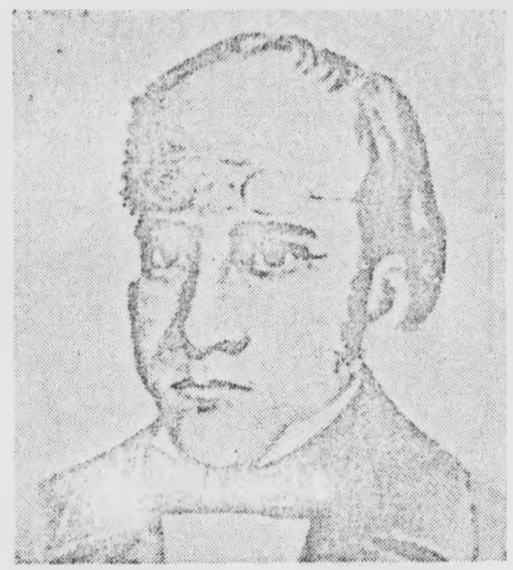
en 1823" y subtítulo "Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros". Si de la "Oda a la poesía" de Andrés Bello ha podido decirse que funda la aspiración a la autonomía de la poesía americana, de éste podrá decirse sobre su singularidad y sobre su destino, con visión original que asombra y que se corroborará en sus escritos posteriores: "El Libertador del Mediodía de América" que escribe ese mismo año 1823, las "Luces y Virtudes sociales" (1834 y 1840), la versión definitiva de 1842 de esas mismas "Sociedades americanas en 1823" y los "Consejos de Amigos dados al Colegio de La Paz" (1844).

Pero mientras la oda de Bello reclama originalidad manejando las formas puntualmente recibidas de la poesía neoclásica europea, el folleto de Simón Rodríguez descubre la auténtica problemática americana a través de una forma igualmente nueva, adaptada a los rasgos del medio, por el definitiva como un modo de "pintar los pensamientos". No hubo en América, durante un siglo, nada se le pareciera. Recién hoy los estudios de poética, de lingüística y de semiótica, desarrollados en el cauce estructural, permiten calibrar una audacia estética que aún la lengua tiene, en las páginas memorables que le consagró, atribuida "al cuadro sintáctico y a las modificaciones ortográficas" de estirpe roussoniana. En este mínimo homenaje queremos realizar ese aspecto, entre los muchos que componen su grandeza, porque nos parece representativo de una vía para alcanzar alta originalidad a través de una investigación de la peculiaridad americana. El la conoció a fondo deambulando por esas tierras azotadas por la guerra y el desorden, desde Caracas y Cartagena hasta el "último rincón"

del continente que fue para él la ciudad chilena de Concepción. Pensar América

Al finalizar el siglo, José Martí encontraba la causa de tantas vicisitudes como se habían padecido en América Latina desde la Independencia, en la implantación forzosa de sistemas de gobierno y formas de vida trasplantados de Europa e impuestos sobre poblaciones distintas, en diferentes períodos de evolución. Al comenzar el siglo, no bien consumada en Ayacucho la Independencia, esa nítida de 1842 de esas mismas Rodríguez dirigió a sus compatriotas, ese fue el peligro que denunció una y otra vez, y esta fue la divisa que acuñó: "La América no debe imitar servilmente sino ser original". Y conmovido ante la avalancha imitativa (de constituciones, de códigos, de costumbres, de educación, de letras y artes) llegó a pensar que la sabiduría de Europa y la prosperidad de Estados Unidos se habían constituido, sin quererlo, en los enemigos. "Nada quieren las nuevas Repúblicas admitir que no traiga el país del Oriente o del Norte. Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo. Los estadistas de esas naciones no consultaron para sus instituciones sino la razón y ésta la hallaron en su suelo, en la historia de sus gentes, en el estado de las costumbres y en el de los conocimientos con que debían contar".

Aquí está el origen de las vicisitudes de Simón Rodríguez. Por más que argumentara, explicara y discutiera, entre la voz de este maestro sin título que ya había cruzado los cincuenta años y no tenía más mérito que haber sido ayo del Libertador, y los prestigiosos modelos que venían de Europa y Estados Unidos, no había duda posible para los jefes militares encumbrados en los nuevos países. El mismo Bolívar, que



Simón Rodríguez, según una miniatura de la época.

siempre lo protegió, no dejó de apoyar a Lancaster que proponía su rápido y económico sistema de aprender a leer y las cuatro operaciones. Sus resultados se revelaban más contundentes que el sistema de educación popular por el cual abogaba Rodríguez.

No era fácil la vida de entonces. A las guerras había sucedido el marasmo, las luchas por el poder, el desorden generalizado, la pobreza y la ineficacia. Una gran decepción se había apoderado de los espíritus cultos: la revolución se había hecho bajo el impulso de las ideas europeas pero eso no había deparado países como los europeos. Simón Rodríguez hizo su retrato: "Cansados de figurarse, en sueños alegres, las maravillas

de la repetición —bajo otros nombres— de los modelos coloniales, constituyó un real heroísmo. La acarrearía la enemistad de los cultos y de los jefes, la oposición de los administradores, la bafa de los sempiternos brutos y la condenatoria a una especie de "no mansland" cuando enumerara las impropiedades de los jefes (rodeados de cortes adúlantes) y las impropiedades de las masas (abotando de toda demagogia facilonja). En ese año 1828 resolvió asumirse como una conciencia crítica de la realidad americana, apostando a los jóvenes a quienes correspondía reconstruir sus países. A ellos dirigió su esfuerzo de persuasión. Rodó hubiera admirado esta vocación magisterial.

El problema primero y básico era pensar América a partir de su real constitución social, del estado de sus habitantes, de la composición cultural de sus pueblos mestizos, atendiendo a sus necesidades al margen de teorías y libros más o menos sacralizados. En "Sociedades americanas de 1823" estableció uno de sus fascinantes paralelismos (auténticos ejercicios de pensar) vinculando en un modo irónico y ameno, en el borde de la parodia de las cartillas programáticas, a la lengua y al gobierno de América. Intentó mostrar que puede ser el mismo cosa "pintar las palabras" que "dibujar Repúblicas", desarrollando ambas demostraciones en columnas paralelas, con lo cual proporcionaba un modelo de ese "arte de pensar" que constituyó el meollo de su enseñanza socrática. Efectivamente, en una y otra disciplina, el problema era el mismo y se reducía a adaptar las estructuras de la lengua y del gobierno a las realidades de la sociedad. Si la ortografía atendía, en orden, al origen etimológico, al uso constante de los cultos, y a la pronunciación recibida, el go-

bierno establecía su origen en las instituciones inglesas, su uso en el modelo de Estados Unidos (traído en láminas) y cuando correspondía atender al tercer principio, al origen particular de los pueblos, a su idiosincrasia, "en lugar de consultar el genio de los americanos consultan el de los europeos. Todo les viene embarcado". La conclusión se imponía: "escribáse como se habla" por un lado, y "observando la índole de los nativos se acertaría a darle el gobierno que les conviene", por el otro. Para ello había una sola llave maestra, de la cual este romántico dieciochesco jamás se apartó: la razón, que no era un invento de la Europa burguesa, sino una herramienta de todo el género humano.

Amor a la Geometría del Sistema

Tantas revoluciones, al institucionalizarse, han desempolvado los viejos modelos e intentado transmitir mensajes nuevos con formas esclerosadas, que resulta admirable ver a este hombre de 1823" estableció uno de sus fascinantes paralelismos (auténticos ejercicios de pensar) vinculando en un modo irónico y ameno, en el borde de la parodia de las cartillas programáticas, a la lengua y al gobierno de América. Intentó mostrar que puede ser el mismo cosa "pintar las palabras" que "dibujar Repúblicas", desarrollando ambas demostraciones en columnas paralelas, con lo cual proporcionaba un modelo de ese "arte de pensar" que constituyó el meollo de su enseñanza socrática. Efectivamente, en una y otra disciplina, el problema era el mismo y se reducía a adaptar las estructuras de la lengua y del gobierno a las realidades de la sociedad. Si la ortografía atendía, en orden, al origen etimológico, al uso constante de los cultos, y a la pronunciación recibida, el go-

bierno establecía su origen en las instituciones inglesas, su uso en el modelo de Estados Unidos (traído en láminas) y cuando correspondía atender al tercer principio, al origen particular de los pueblos, a su idiosincrasia, "en lugar de consultar el genio de los americanos consultan el de los europeos. Todo les viene embarcado". La conclusión se imponía: "escribáse como se habla" por un lado, y "observando la índole de los nativos se acertaría a darle el gobierno que les conviene", por el otro. Para ello había una sola llave maestra, de la cual este romántico dieciochesco jamás se apartó: la razón, que no era un invento de la Europa burguesa, sino una herramienta de todo el género humano.

Al concluir el prólogo (esto es, "escrito precursor") a las "Sociedades americanas en 1823" recapituló sus aportaciones formales, destacando que el arte de escribir consiste en "pintar las palabras con signos que representen la boca" y "pintar los pensamientos bajo la forma en que se conciben" remitiendo a la estructura del discurso. Ese texto lleno de blancos, con incisos, corchetes, llaves, combinación de letras redondas, cursivas, versalitas y mayúsculas, distribución gráfica de las ideas que fatalmente evoca lo que al finalizar el siglo y en otras direcciones, haría Mallarmé con "Un coup de Dés", es la muestra revolucionaria de la estructura del pensamiento, tratando de evidenciar su movimiento, los valores más intensos y los débiles, las conclusiones, las variaciones, la inserción de replicas y las respuestas adecuadas. Los distintos niveles del razonamiento. Sólo en este siglo Carlos Vaz Ferreira en su "Lógica Viva" plantearía nuevamente una escritura que no solo transmitiera un pensamiento sino su peculiar modulación interior, con sus interrupciones, desvíos, tropiezos, enjambres, etc. A fuerza de pedagógica, el idioma y las matemáticas, con lo cual se colocaba en la línea de la más arriscada modernidad. Pero ese nuevo campo del conocimiento exigía una nueva forma, a la cual se aplicó tercamente, haciendo de ella su original estilo que ni siquiera llegó a

CULTURALES 3

“La Pintura”

Viene de la Pág. 1-22

ble su estructura. Y al tiempo percibir, con esa velocidad que lo caracterizaba para hacer las analogías y vincular distintos discursos, que la estructura del pensamiento equivale rigurosamente a la prosodia de la lengua.

Cuando el safo de turno le reprocha ese sistema, diciendo que “es un arbitrio para vender papel”, le dedica una clase sobre prosodia, declamación y notación musical (por momentos parece oírse a Lévi Strauss explicando la estructura de los mitos) recordándole que “leer es resucitar ideas y para hacer esta especie de milagro es menester conocer los espíritus de las difuntas”. Detrás de su respuesta está su animadversión para esa “lectura de carrerilla” que se practicó en las escuelas durante un siglo y de la que el alumno salía sin haber en-

tendido nada, porque, aplanando el discurso literario, lo transformaba en una afantasmado conjunto de sonidos sin sentido, cosa que contrastaba violentamente con la capacidad que el mismo hablante tenía para entonar las frases de su conversación corriente, dotándolas de sentido. Este campo de la prosodia, con sus tonos, acentos, entonación, entonación, pausas, que eran constituyentes de la lengua en cuanto esta era un habla y no una escritura, se reencontraba analógicamente en la estructura del pensamiento, de ahí que la forma de su escritura tratara de reflejar, con los elementos gráficos a su alcance, la modulación de las ideas.

Poeta de la razón discursiva, Simón Rodríguez es devorado por el espíritu analógico. Del mismo

modo que construye en líneas paralelas, como en una lección escolar sobre comparaciones y metáforas, el desarrollo de la lengua y el del gobierno en América, percibe que existen vínculos entre disciplinas dispares (lengua, ciencia, música, sociología) y progresivamente establece que no es posible pensar y resolver correctamente si no se asumen las más variadas fuerzas que componen un sistema. La perspicacia espiritual, dice, “no puede ejercerse sino asociando y combando situaciones o movimientos” (en El Libertador del Mediodía) lo que, como dice expresamente, constituye una semiótica, pero a su vez los elementos que componen un sistema no son independientes y su acción depende de la de los restantes. No vacila en abogar por las limitaciones de la libertad

personal o del derecho de propiedad, considerando que son partes de la sociedad y “no hay facultades independientes, siendo así que no hay facultad propia que pueda ejercerse sin el concurso de facultades ajenas” (en “Luceas y virtudes sociales”) lo que resulta ampliado si se dice “cosas en lugar de facultades” y si en lugar de “concurso de facultades” se pone “voluntades, fuerzas, poderes, libertades, derechos, funciones, empleos”.

Esta percepción del conjunto interactivo, que desarrollaron luego los matemáticos, adquiere en Simón Rodríguez el aspecto de una constelación celestial, funcionando como un sistema armónico. A partir de su reconocimiento, es posible pensar el mundo por que en él son recogidos los elementos de la realidad y sobre él se aplican las leyes del psiquismo. Apasionadamente visualista, Simón Rodríguez construye sobre el papel, mapas del pensamiento, porque en definitiva cree, fervientemente, que “la geometría rectifica el raciocinio”.

Simón Rodríguez: Obras completas. Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1975, dos vols., pp. 521 y 550. Estudio introductorio de Alfonso Rumazo González. Notas de J. L. Salcedo—Bastardo y Manuel Pérez Vila.